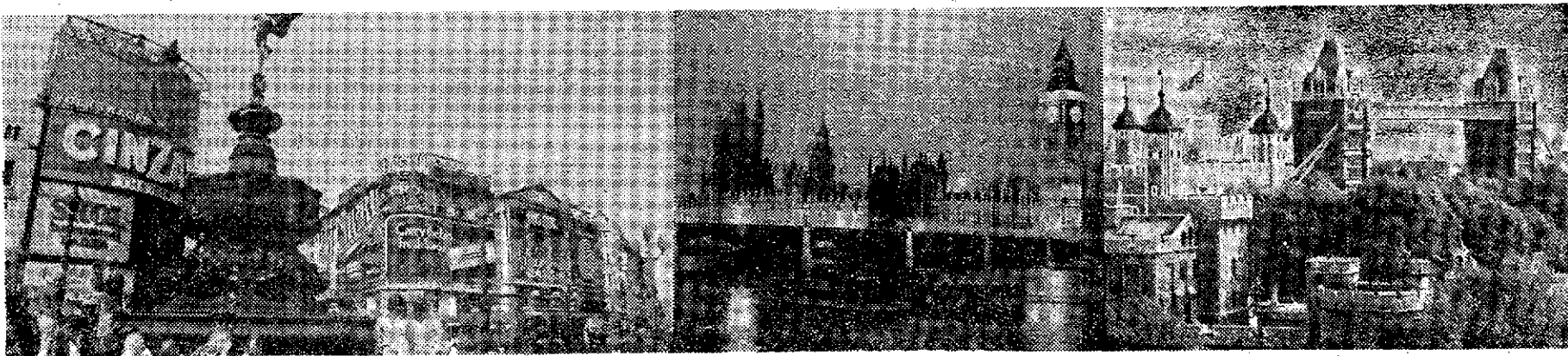


vieja literatura murciana



LOS RUISEÑORES DE LONDRES

POR la piedad de mis amigos, por la delicadísima ternura de unos hombres que supieron adivinar uno de mis más ardientes deseos, que yo creía sueño irrealizable, tengo junto a mí una cajita maravillosa: unas planchas de ebonita, unos hilos metálicos, unos resortes, unas lámparas de tímida luz fosforescente, eso es todo. Manos amadas manejan esta portentosa creación de la ciencia humana. Y de los más lejanos rincones del mundo llegan voces y melodías, sonar de campanas famosas, estruendos de muchedumbres reunidas en las grandes salas de espectáculos, la cantarina música de una risa femenina modulada en Roma o en París.

Muchas veces pensé dar forma a las emociones tan hondas y tan nuevas que me proporciona generosamente esa ventana abierta para mí sobre los más diversos y apartados horizontes artísticos; pero otras tantas he renunciado a realizar el propósito después de un inútil forcejeo de mi voluntad con los torpes medios de expresión de que dispongo.

Eran mis sensaciones tan desproporcionadas en su magnitud con la mezquina habilidad de mi pluma, que preferí dejarias inéditas antes que vestirlas con ropas tan estrechas.

Y tampoco hallé aún el molde literario en que poder vaciar mi gratitud, mi infinita gratitud, mi gratitud inmarcchita, mi gratitud ardiente, renovada todos los días, acrecida según pasa el tiempo, el caudaloso sentimiento de gratitud que llena mi espíritu hacia todos aquellos por quienes está a mi lado esa cajita maravillosa.

Ha pasado así tanto tiempo sin que yo diga de esto nada.

Pero hoy, bajo la impresión agudísima de una nueva sacudida emocional, no puedo permanecer silencioso, anhelando llevar esa emoción hacia otros corazones que sepan compartirla.

Yo escuchaba en mi altavoz la noche del 22 de mayo, la reproducción potente y pura, de un concierto de Madrid, un concierto admirable de Unión Radio, «La Dolores», de Bretón, a toda orquesta, con su coro de guitarras y bandurrias, y las voces irrepresiblemente moduladas de los cantares y los coros. Luego, la pantomima de «Las golondrinas», de Usandizaga. No se perdía una nota ni un matiz. La trágica belleza, la tristeza infinita de ese poema musical llenaba mi cuarto como si en él mismo estuviese encerrada la orquesta. Terminada la pantomima, hice correr un poquito una de las manecillas de mi aparato. Basia operación tan simple para dejar de oír a Madrid y recoger el concierto de Londres. En efecto, de la bocina del altavoz salió un torrente melodioso: el de la orquesta de baile del Hotel Savoya de la gran metrópoli inglesa. Me gusta a veces oír esta música frívola, de ritmo acentuado, que invade el éter todos los sábados hasta las doce de la noche, en cuyo momento la emisora reproduce las gigantescas campanadas del reloj de la torre del Parlamento.

Alguna noche yo he sacado a mi balcón el altavoz, esperando el momento de las campanadas. Y en la pueblerina calle silenciosa, a más de dos mil kilómetros de distancia, las magestuosas vibraciones del reloj de Londres se han esparcido potentemente, deteniendo la marcha de algún traspasador asombrado.

Hacia las once y media cesó de golpe la música de baile. Hay en el Hotel Savoya dos orquestas; una es el jazzband puramente norteamericano, estridente, rui-

dos; en ocasiones, un instrumento parecido a la «tenora» de Cataluña, interpreta un bello motivo con reminiscencias de óperas famosas; pero todos los otros instrumentos parecen burlarse de este motivo hasta ahogarlo con su zarabanda cuyo único propósito es poner al ritmo acento agudo. La otra orquesta es de tangos tan solo y debe estar formada por músicos españoles o americanos del Sur, porque dicen los títulos de las composiciones en sonoro español: «Granada mía», «Olé mi niño». Y la multitud inglesa aplaude estrepitosamente esos tangos y esos títulos.

Cesaron los bailes hacia las once y media. Y aconteció entonces el milagro. Unos minutos de silencio. Un violín suena dulcisísimamente. Y de pronto comenzó a oírse en mi cuarto de La Unión el canto de maravilla de uno de los ruiseñores que están haciendo su nido en los grandes jardines londinenses donde la primavera principia a sonreír.

El caso es bien sencillo. La estación emisora de Londres, algunas noches de mayo, viene colocando entre las frondas de uno de los inmensos parques de la urbe, cerca de los árboles donde han sido observados ruiseñores, un micrófono. Discretamente oculto, colócase también un violinista que ejecutando con sordina lentas melodías, excita a los pájaros a que lancen sus trinos. El violín canta en las sombras apasionadas sonatas; y pronto, en la altura, responden las diminutas gargantas privilegiadas. Ocurre así la más grata y magnífica fiesta musical que pueda imaginarse. El violín escondido expande su voz rubia, que vuela por el aire abrazada al aliento de las flores nuevas. Esto sólo ya es bello. Y entre el ramaje vestido por la esmeralda recién nacida, los pajarillos comienzan a tejer sus flautas encantadas, tejiendo las serpentinas sonoras que engalanan al bosque todo gozoso porque ha terminado el agobio blanco de la nieve y la fría dureza de hielo. ¿Qué sabéis vosotros, árboles jugosos del sur, floridos en enero, de este júbilo del bosque septentrional, cuando las filomeas se enamoran de las rosas y les cantan, en el primer nocturno saturado de tibieza, sus trovas de cristal!

A millares de kilómetros, temblando de emoción, flotando de emoción, yo he oído esa fiesta divina, ese himno primavera de los ruiseñores en los parques londinenses.

Por la potencia de la estación emisora, los ruiseñores de Londres habrán oído en la mitad del mundo. Más allá todavía, si la colosal estación de «Daventry» que se escucha en la India, ha hecho la retransmisión. En el mundo entero, si las superestaciones de Norteamérica han captado la onda para lanzarla nuevamente. Aquí y allá perdidos entre el tumulto de las ciudades, o en el hondo silencio de los campos, millones de seres han percibido el canto remotísimo y paradójicamente presente de los pequeños pájaros. Quizá entre esos seres haya muchos que piden a la radiotelefonía un consuelo para su hastío, un aliento para su cansancio, un bálsamo para su dolor. Lo que para otro no es más que una musiquilla o una vocecita reproducida por explicables procedimientos científicos, es para la atención hiperestésica de los solitarios, de los olvidados, de los reclusos, de los sin ventura, un canto de esperanza y de consuelo que les viene de Dios. Por mi parte, al perfumarme esta cárcel de mi cuarto con los arpegios de ese ruiseñor lejanísimo, y sin embargo tan próximo que me pareció sentir su trémulo y minúsculo corazón, yo he presenciado, como el chispazo de lo sublime abrió su ampolla luminosa en la apretada negrura de mi vida. Caverna donde el tedio, padre monstruoso de la desesmaravillosa que la piedad de mis amigos colocó junto a mí...

EL VALLE

POR lo más hondo reptaba el río. El valle es ancho, circular, encinturado de eminencias, húmedas y gredosas hacia una banda, ásperas y enriscadas por la otra parte, la del Sur. El río es humilde, de caudales magros, que en estío se soterran en una arena de oro, retostada, desértica; bajo su ardiente capa move-diza, queda escondido el húmedo tesoro, que vuelve a ver la luz en los primeros días otoñales para copiar los fastuosos crepúsculos de púrpura, de fuego, de ámbar, de topacio. Son aguas gordas, rojas, sucias, que sedimentan en las jarras una costra de almagre. Y en los remansos trémulos, donde el río quiere detenerse para alongar su vida, ya miedoso del mar, parecen sus caudales una emulsión de sangre y cielo...

Ambas riberas nutren a los rizomas de las cañas, de foliación en bayoneta, y a las malélicas adelfas, y a los esbeitos juncos y mimbreras que hace vibrar la brisa con agrarios silbos. Sobre esta flora a ras de agua, se levantan —caen en desmayo triste— las ramas de los sauces, y el grupo musical de los grandes álamos con los troncos leprosos y las hojas temblantes. Vencido ya el talud del cauce, breves cuevas gemelas, comienza el naranjo que huele a novia en desposorio, el naranjal maravilloso cortado por viales de moreras artificialmente desnudas. Aquí y allá se abre la apretada fronda, y otros árboles en fruto, de un verde nuevo y delicado que no conoce el invierno, que ha nacido de besos del sol marzal, arraigan en los huecos del bosque oscuro y nevado de azahares y allí van hinchando los cálices de sus flores hasta hacer de ellas pomos.

Quando la tierra se empuja en promesa de monte, deja de recibir el halago del río. Entonces brotan de ella los contorsionados troncos del olivar, con la empolvada plata de sus copas, y los finos almendros que el sol de enero cubre de rosas impacientes. Y si la tierra insiste en la empujada, y la promesa de monte llega a ser realidad, abren los pinos sus sombrillas verdes para encubrir los afloramientos de piedra silicea, armazón y esqueleto de las cumbres. Más arriba, las fibras del esparto sirven de pobres cuerdas de atpa al rabioso viento de montaña. Y en lo cimero, los galayos descuidados, que saben hendir con sus cuchillos de pedernal el fofo vientre de la tormenta. Desde los pétreos lomos, se adivina el Mediterráneo, lontanamente, como una condensación de cielo...

¡Oh, el gran manto de cielo que cubre este paisaje, la limpia y comba lámina de zafiro que es su fana! Sólida agua azul de lagos irreales. Por ella, dulcemente, bogan los cisnes de unas nubes...

La tierra, enamorada del alto azul, quiere llegar hasta él, apasionadamente. Se levanta la sierra con ese loco intento. Mas cansada muy pronto del esfuerzo de ciclope, se hunde en los precipicios, se deprime en barrancos pavorosos... Y la Naturaleza, entonces, intenta herir al cielo con las puntas de lanza de los cipreses o el verde surtidor de las palmeras...

Selección y comentario,
Antonio Crespo

**Andrés
Cegarra
Salcedo**

NACIO en La Unión en 1894 y murí en 1928. Fue un caso de profunda vocación literaria en lucha contra la más cruel adversidad. Siendo muy niño, apenas a los once años, comenzó a sufrir una dolorosa enfermedad que poco a poco inmovilizó su cuerpo hasta el punto de que a los veintinueve años perdió todo contacto con el mundo exterior. Llegó un momento en que no pudo escribir ni siquiera mantener un libro entre las manos; sus padres y hermanos le auxiliaban en ambas tareas. Antes de morir, quedó finalmente ciego.

Desarrolló, a pesar de todo, una importante labor como

escritor, después de haber estudiado bachillerato y magisterio. Fue director del Liceo de Obreros de La Unión, dio conferencias, escribió artículos, fundó la revista literaria «Juventud» y la Editorial Levante, ésta última con Pedro García Valdés. Es autor de «Olvidar», comedia que se estrenó en su ciudad natal, «Sombras», prologado por Ortega Munilla, y «Gaviota», narraciones y poemas en prosa al que pertenecen los dos fragmentos que incluimos en esta página. «Gaviota» acaba de ser reeditado en la colección «Cuadernos Murcianos».